



GANADOR IV CERTAMEN LITERARIO EN ESPAÑOL En la piel del Quijote Noviembre 2015

PRIMER PREMIO CATEGORÍA UNIVERSIDAD: Abdoulaye GUEYE

La cólera de la Oveja

En un pueblecito sosegado de cuyo nombre no quiero acordarme vivía la familia de los Kane. Su aposento constaba de cuatro cuartuchos de barro, de una cuadra donde vivían con armonía muchos animales, caballos, vacas, ovejas, etc. La casa tenía un patio grande donde unas mujeres dejaban sus utensilios, con los que los chiquillos jugaban. Muchas veces se oían gritos ya que en este reino, el más fuerte nunca dudaba en dictar su ley. Estos gritos no parecían preocupar a los adultos, pues eran su pan de cada día. Como cualquier casa de pastor que se precie, la casa de los kane tenía una cuadra: era un lugar oloroso y cálido. Vivían, apartadas de las vacas, tres ovejas: Adji, Mareme y Ndela. En otro rincón, a la derecha de la puerta, vivía una pareja de cabras. A la izquierda, las crías estaban separadas de sus madres, para así impedir que mamasen todo el día. Los gallos y gallinas picoteaban entre las patas de las vacas. Los gallitos hacían su pío pío pío cotidiano.

Kane Poulo, como le llamaban sus amigos afectuosamente, estaba muy orgulloso de Ndela y se jactaba de ella ante sus huéspedes. La había acoplado con un carnero de buena raza que había alquilado a un amigo que habitaba en el Dieri (la parte desierta de Fouta). Unos meses después, como era de

esperar, Ndela parió un corderito. A su primer hijo, Ndela le tenía mucha ley. Lo acariciaba cada minuto, lamiéndole el lomo, lo alimentaba con sus ubres, aunque no eran tan generosas de leche.

- ¿Qué os parece mi hijito? Preguntaba a veces a sus vecinas, a la señorita Adji y a la señora Mareme.

-Es guapo y fuerte ¿Verdad? Se parece a mí. Va a ser como su padre. Todo el mundo le tendrá celos. ¿No es cierto?

La señorita Adji, no sé si por maldad o celos, protestaba con un tono irónico y amargo.

- ¡Basta ya! No comprendo cómo puedes estar tan contenta. Las crías no causan más que molestias.

Un día Abou, como de costumbre, en los días de rastro de los pueblecitos vecinos, se levantó más temprano que de costumbre con la esperanza de ganar un dinero con sus animales. Abou rondaba los 40 años, era un hombre de una delgadez insolente. Al verlo, a uno le cuesta no acordarse del personaje mítico de Miguel de Cervantes, el ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha con su aspecto tan pálido, alto, delgado, aparte de su Barba y bigote. Pero parecía tener el riñón bien cubierto. A pesar de ser tachado de alguien que estaba mal del coco por caer a veces en comportamientos que el sentido común rechazaba, Abou despertaba ternura en la mayoría de los lugareños. Contra mareas y vientos defendía a los más débiles y sobre todo a los huérfanos. Según el vecindario, este loco cuerdo a la manera del Quijote y que sabía más refranes que el propio Sancho Panza, tenía un corazón noble pese a sus disparates. Aquel día se vistió rápidamente de un bubu azul bien almidonado y combinado con un pantalón verde, sin olvidar su sombrero. Se comió un trozo de pan y tomó dos tragos de café. No iba a caballo como nuestro Don Quijote, sino en burro. En aquellos tiempos, se avecinaba la fiesta del pueblo y estaba ansioso por vender unos animales para dar un sustento a la gente de su pueblo. Era un secreto a voces que Kane Poulo tenía el corazón en la mano. En el camino de regreso, en uno de sus momentos de locura, se le metió una idea en la cabeza, la de gastar una broma a Ndela, diciéndole que se le murió la cría. En los últimos días, la recién mamá se había convertido en una llorona y maldecía a Abou, que no quería saber

nada de sus quejas y llantos. Su compañera Mareme lo hizo todo para que no se mortificara.

-Amiga mía así es la vida y no está en nosotros cambiarlo, tenemos que aguantar, nacerá otro y otro más. Difícil de decir si Mareme lo decía por ignorancia o para consolar a su vecina.

Pese a todas las palabras tiernas de Mareme, Ndela no soltaba por su boca más que palabrotas y lanzaba gritos lastimeros y amenazadores que parecían alterar la tranquilidad de la cuadra. Un día a Abou, le visitaron una mujer y su niña. Se trataba de una niña que aún no andaba, aunque ya empezaba trabajosamente a dar sus primeros pasos. Andaba y se caía y sin descanso se ponía de pie de nuevo. La madre venía a comprar leche y una vez en el recinto de la casa se olvidó de ella. La niña inconsciente de cualquier riesgo que podría amenazar su apacible existencia, se atrevió a dirigirse hacia la cuadra. Logró, pese a su debilidad, empujar la puerta de la cuadra y se encontró en medio de estos animales. Tres minutos después, la cría se encontró de frente a Ndela. Todos los otros animales suspendían su respiro. En este silencio, sólo se escuchaba el ruido con que rueda la ronca ira de Ndela.

Sorprendentemente la oveja se puso a mirar a la cría de hombre, tan indefensa sobre sus piernecitas delgadas, y una gran ternura se le desbordó del corazón. Empezó a decirse a sí misma que aquella crío no era nada responsable de su desdicha.

Cuando la despistada madre, asustada, entró toda en sudor en la cuadra, fue testigo de una escena muy poco común. La niña estaba al lado de esta hembra, a la que nadie se atrevía a acercarse. Pocos días después de esa escena conmovedora, a Ndela se le ocurrió la gran sorpresa de volver a ver a su querida cría. Le costaba mucho esconder su alegría. Se le escapó varias veces esta frase: "Alabado sea el poderoso Ala". Todos los habitantes de la cuadra estaban la mar de contentos, excepto Adji, que escondía trabajosamente sus celos.